

M. T. CICERÓ, *Les Lleis*, ed. bilingüe de N. Gómez Llauger. Barcelona: Bernat Metge (2013), 155 páginas.

*Rafael Ramis Barceló*

Como es sabido, el diálogo *De legibus* fue compuesto en el ocaso de la vida de Cicerón, inspirándose en la obra homónima de Platón. Ambos autores habían presenciado el hundimiento de un universo político y sus obras de senectud pretendían ser una abstracción y elevación sobre su realidad cotidiana. En ambos casos, siendo escritores de pluma impar y de retórica desbordante, lograron cincelar obras de valor imperecedero. En época de crisis y de decadencia, la lectura de este diálogo de Cicerón (al igual, por supuesto, que el de Platón) resulta de enorme interés. Pese a haber llegado incompleto, con numerosas lagunas y problemas textuales, el texto sigue despertando cada vez mayor atención entre los filólogos y los estudiosos de la política y el derecho.

Se presenta aquí la edición bilingüe de la obra (latín-catalán), con la cuidadísima traducción de Núria Gómez Llauger, doctora en Filología clásica, docente en la actualidad en la *Universitat Abat Oliba* de Barcelona, y autora asimismo de las notas y de un breve estudio preliminar. La colección Bernat Metge, en la que se encuadra el libro, marca en buena manera la cuidadosa relación entre la lengua catalana y los autores grecolatinos. Sin duda, empresas culturales como la Bernat Metge son elocuentes por sí mismas y demuestran el altísimo nivel de los filólogos de habla catalana.

La traducción es de una gran elegancia: vierte al catalán el sentido latino, actualizándolo y adaptándolo al lenguaje actual. Gómez Llauger, sin hacer propiamente una versión de la obra, reelabora hasta cierto punto la plasticidad de los diálogos, recreando su poder persuasorio y su fuerza expresiva. Ciertamente, el resultado es muy grato para el lector, que «revive» el debate político de Cicerón, transvasado a un catalán de amplio registro y flexible. La autora de la traducción no ha querido proceder apegada al texto, como ocurre a menudo en las traducciones de tratados escolásticos o en escritos de carácter más académico, sino que ha trabajado en un sentido más literario, respetando los difíciles equilibrios entre la oralidad y la escritura que encierra todo diálogo escrito. Hay numerosos detalles en este sentido: la traducción, por ejemplo, de *pestis* por «xusma» es muy gráfica (p. 135) y es sólo una muestra del proceder imaginativo y agudo de la traductora.

El resultado es un texto fresco y sugerente que, pese a haber sido escrito hace más de veinte siglos, rezuma actualidad. El placer de poder leer el texto bilingüe permite penetrar en las entrañas de una personalidad tan compleja como la de Cicerón, un estadista que en las postrimerías de su vida se recluyó en sí mismo, intentando proyectar un edificio político a partir de una República en ruinas.

En el estudio preliminar, Nuria Gómez Llauger subraya algunas peculiaridades del último Cicerón, así como hace algunas observaciones filológicas de interés. Como viene siendo costumbre, las ediciones de la Bernat Metge prestan más atención a lo filológico que a lo conceptual, un hecho que se demuestra a través de la brevedad de los estudios preliminares. Sin embargo, en él la autora hilvana *in nuce* algunas ideas importantes, que hubieran merecido una mayor extensión, para la instrucción del lector. Ojalá en los próximos volúmenes la editorial pueda mostrarse algo más generosa con las introducciones, pues la Bernat Metge no sólo va dirigida a los académicos, sino al público culto en general (que mengua paulatinamente y pronto será *rara avis*).

En todo caso, el diálogo muestra al Cicerón más conceptualmente ambicioso, desengañado y crítico. Se cuenta que Pitágoras decía que había tres tipos de hombres: los que compraban y vendían, los que corrían en el estadio y los que miraban cómo los demás corrían. Sin duda, Cicerón, a lo largo de su vida —y a veces de forma simultánea— quiso ser las tres cosas. Y lo fue. Abogado, rétor, político, escritor y teórico, los textos del ilustre jurista estaban atravesados a menudo por los avatares de la cotidianidad. No tenían la densidad teórica de los escritos exotéricos de Platón, aunque en ocasiones podían llegar a tener una belleza plástica similar.

El Áureo y el Arpinate eran hombres indudablemente políticos: el primero, teórico y soñador, el segundo, mundano y hábil, aunque con el tiempo alcanzó un punto de distanciamiento que le hizo más omniabarcante. Autores como Everitt han mostrado la evolución del pensamiento de Cicerón, hombre hecho a sí mismo, que fue cambiando sus concepciones al compás de sus circunstancias vitales. También Platón lo había hecho, y exhibió cada vez un pesimismo político más acentuado. Cicerón, como ha recordado hace poco Alfonso Castro, nunca dejó de ser un abogado y un estadista, heredero de una tradición y de una genealogía de juristas. Como tal, al manifestar sus opiniones, más allá de sus propios cambios epistemológicos y planteamientos existenciales, no dejó de estar preso por una tupida red de referencias y por unos compromisos profesionales. De aquí que haya tantos artículos divergentes sobre los problemas de la legislación, la ley

natural, la justicia... en Cicerón, puesto que no fue sólo un teórico, sino un hábil jurista. O, mejor dicho, fue un jurista que, con el tiempo, devino un teórico.

Tal vez sea *De legibus* el tratado más sólido y abstracto, donde mira a los demás que corren, compran y venden, cansado y turbado después de una vida pública y de foro. Aparece en este tratado el Cicerón maduro, experimentado y hasta cierto punto desengañado de los honores mundanos que conoció y que saboreó, preocupado a la sazón por los peligrosos avatares políticos del momento. En *De legibus* no se encuentra la filosofía del derecho de Cicerón, puesto que él jamás fue un autor de profundidad contrastada ni sistemática, sino un expositor convincente de ideas, que a menudo no tenían un completo ensamblaje entre sí. Como maestro indiscutible de la tópica y de la retórica, Cicerón fue capaz de persuadir y de convencer, de transmitir al lector la fuerza arquitectónica de un edificio imponente, aun cuando éste carecía a menudo de sólidas columnas. Algo de ello sabía Joubert, cuando dijo que Cicerón era una especie de luna, apto para reflejar la opinión de los demás, aunque incapaz de iluminar como el astro rey.

Hábil para defender en diferentes contextos ideas muy parecidas, pero no iguales, el Arpinate se reveló como un pensador sutil y como estadista, cuya circunstancialidad no fue subrayada por los maestros de la Universidad medieval ni moderna, quienes tendieron a hacer de él, al igual que de Platón y Aristóteles, tres fortalezas inexpugnables del saber. En la actualidad, caídos *in profundo lacu* de la hermenéutica, su peso doctrinal se ha relativizado y se ha subrayado el valor inmarcesible de su capacidad evocadora y recreadora.

El diálogo entre Cicerón, Quinto y Ático en Arpino toca, aunque de forma abierta, algunos de los grandes temas de la filosofía jurídica de todos los tiempos. Incluso podía decirse que centra los problemas más acuciantes sobre la justicia, la ley y el orden jurídico, de suerte que la mayoría de filósofos posteriores han tenido un acercamiento a estos temas a través de las ideas contenidas en este diálogo.

De los cinco libros que supuestamente tenía, sólo nos han llegado tres. En el libro I, Cicerón hizo una apuesta más o menos decidida por la doctrina estoica del derecho: partiendo de las teorías de Panecio y Poseidonio, trató de la justicia y de las leyes: la justicia era eterna, mientras que las leyes resultaban transitorias. Por tal motivo las leyes no eran perfectas y se debían acercar lo más posible a la justicia. Como se sabe, en el libro II el diálogo giraba en torno de las leyes religiosas y en el tercero Cicerón se detuvo sobre las prerrogativas de las magistraturas.

No cabe resumir de nuevo el contenido de una obra tan conocida. Merece la pena recalcar lo acertado y lo placentero de esta edición, que permite descubrir una vez más a Cicerón, aleación broncea frente al Áureo Platón, en la tríada de los autores clásicos. El Arpinate, por tener un pie en la realidad y otro en la utopía, sigue siendo un maestro intemporal, con ideas que merecen repensarse en nuestros tiempos convulsos. Esta magnífica edición de *Les Lletres* es una buena ocasión para releerle.